



EL BR. D. ANTONIO CALDERON BENAVIDES.

LAS biografías de los impresores célebres pertenecen en cierta manera á la historia de la literatura. Ellos dan vida á las producciones del ingenio, y merecen que su memoria permanezca. Con mayor razón debemos conservarlas, si al ejercicio de su noble profesión, juntaron prendas tales, que por sí solas les ganarían derecho á ser presentados como ejemplos, de virtud. De este número fué el Br. D. Antonio Calderón Benavides.

Bien entrado ya el primer tercio del siglo XVII vino á establecerse en México un honrado impresor y librero llamado Bernardo Calderón, natural de Alcalá de Henares. Casó aquí con D^a Paula Benavides, mexicana, y de ese matrimonio nacieron seis hijos: nuestro Antonio, el primogénito, en Junio de 1633, á quien siguieron Gabriel, Diego, Bernardo, María y Micaela. El buen

Bernardo no vió crecer sus haberes al mismo paso que su familia, y cuando falleció en 1639 dejó á la viuda, por todo caudal, los útiles de la imprenta, que no eran muchos, y escaso surtido de libros en la tienda. Bien poco era aquello para sostener y educar á seis niños pequeños. Muy afligida se encontraba la señora al considerar que si vivo su esposo no había podido prosperar la casa, era segura la ruina de ella, faltando ya la cabeza que la gobernaba. Por más que volvía la vista á todas partes en busca de apoyo, no le descubría, hasta que al cabo vino á presentársele donde menos podía esperarle. En tan tristes circunstancias, Antonio, aquel niño de nueve años, se puso resueltamente al frente de la negociación, y supo manejarla con tal acierto, que bastó para todo. Nunca le dió su nombre, sino que conservó el de la Viuda, y sólo en pocas ediciones aparece el suyo en segundo lugar, como el de un regente. Tanto fué el crédito que el joven adquirió en breve, y tan notorias sus prendas, que cuando apenas contaba diez y nueve años de edad, fué preferido á los demás tipógrafos de México para el encargo y título de «Impresor del Secreto del Santo Oficio»: título que como puede considerarse, no se daba sino á persona de quien tuviera cabal

satisfacción aquel alto y severo Tribunal. No se limitaba nuestro Antonio á imprimir por cuenta ajena, sino que trabajaba también por la propia, como editor, y aún como *periodista*. Temprano comenzó en México el *periodismo*, si aquello merece tal nombre en su primitiva forma de hojas sueltas publicadas á la llegada de las flotas ó navíos de aviso. Constaban á veces de varios pliegos con noticias no sólo de España, sino de todo el umndo. Los nombramientos para los cargos civiles ó eclesiásticos ocupaban lugar preferente, y no faltaban relaciones de sucesos maravillosos, á veces con toscos grabados de monstruos ó cometas espantables. Sientó no poder detenerme en la descripción de estos curiosos papeles. El más antiguo que tengo es uno impreso por Diego Garrido en la esquina de la calle de Tacuba, el año de 1621; pero la mayor parte salieron de las prensas de la Viuda de Bernardo Calderón, es decir, que fueron publicados por nuestro D. Antonio y su familia.

Prosperó la casa, merced á la diligencia y energía de aquel niño, y los productos le bastaron para mantener con sobrada decencia á la viuda y costear carrera literaria á sus hermanos. Los tres abrazaron el estado eclesiástico: Gabriel fué agustino, Bernardo franciscano, y Diego presbítero se-

cular. Antonio en medio de tantas ocupaciones, halló tiempo para seguir igual camino. Dióse con ardor al estudio, y el 24 de Enero de 1650, antes de cumplir los veinte años, recibió el grado de bachiller en Filosofía: el 18 de Junio de 1653 el de bachiller en Cánones, y el 24 de Junio del año siguiente, igual grado en Leyes. Entónces resolvió abrazar también el estado eclesiástico, y recibidas todas las órdenes, cantó su primera misa en la iglesia del convento de Sta. Isabel, á 10 de Enero de 1655: ceremonia que llamó mucho la atención del público, por las circunstancias que concurrieron en ella. El misacantano era nuestro bachiller: acompañáronle en el altar, como diácono y subdiácono, sus hermanos D. Diego y Fr. Gabriel: su hermana D^a Micaela, dotada al efecto por él, entraba monja en aquel convento, y hacía su profesión en manos del custodio Fr. Gabriel de Benavides, cuyo apellido da á entender que era un pariente por la línea materna, y en fin, la otra hermana D^a María casaba con Juan de Rivera, y recibía allí mismo las bendiciones nupciales. Era verdaderamente una fiesta de familia.

Fué D. Antonio conciliario de la Universidad varias veces: la primera en 1653. Sirvió la secretaría de la misma, y substituyó

cátedras de Retórica, Instituta y Cánones. En 1656 fué nombrado Consultor del Tribunal de la Santa Cruzada, y después Comisario del Santo Oficio. Tan conocidas eran sus virtudes y letras, que la Real Audiencia y el Ayuntamiento pidieron para él una canongía, que no llegó á obtener, y se contentó con ser teniente cura en la parroquia de Sta. Catarina Mártir.

El 22 de Marzo de 1662 fué nombrado capellán del Hospital de Jesús, fundado por Cortés. A los principios se había destinado allí para el culto divino una sala baja que carecía de la decencia necesaria. En 1601 se comenzó la construcción de una iglesia; pero por falta de dineros ó de diligencia había quedado sin concluir. La sacristía estaba acabada, y cerradas las bóvedas del altar y crucero, mas no enladrilladas, sino simplemente cubiertas con tierra: en lo demás sólo se habían enrasado las paredes. Penetrando las lluvias por el terrado de las bóvedas, habían humedecido todos los muros: el piso, por ser más bajo que los inmediatos, se convertía en laguna: la humedad extendió por la parte inferior la plaga del salitre, y produjo una frondosa vegetación en los altos, que acabó de destruir todo: aquello era una ruina. La sacristía estaba arrendada para vivienda á unos indios,

quienes habían convertido la iglesia en cocina, llenándola de basura y ahumando las paredes. La grande elevación de los muros, que impedía una evasión, hizo que el cuerpo de la iglesia fuese destinado para encerrar todos los años á los forzados que iban á Filipinas, mientras se disponía su conducción al puerto de Acapulco.

En ese triste estado encontró aquello el Br. D. Antonio, y como era celosísimo del culto divino, aplicó toda su actividad y energía á la conclusión del templo, que logró en menos de cuatro años, celebrándose su solemne dedicación el 9 de Octubre de 1665. Le adornó de ricos retablos, y le proveyó de ricos ornamentos y preseas. Nada le estorbó esta empresa para la asistencia diaria de los enfermos del hospital, quienes tenían en su capellán un padre cariñoso.

Hallándose él mismo gravemente enfermo el año de 1657, hizo voto á S. Felipe Neri de fundar en México, si recobraba la salud, una congregación á la manera de la que el santo había fundado en Roma. Para D. Antonio resolver y ejecutar eran una misma cosa. Pronto reunió en S. Bernardo treinta y tres sacerdotes (que luego crecieron ó ciento veinte) con los cuales dió principio á lo que intituló sencillamente *Unión*, no atreviéndose todavía á darle el nombre

de Congregación. De allí se pasaron á la iglesia de Balvanera, y en ella dedicaron al Santo un pequeño altar. No permanecieron mucho tiempo en aquel sitio, sino que fueron á establecerse en la calle que aún lleva el nombre de S. Felipe Neri, donde levantó D. Antonio una capilla, contribuyendo con cuatro mil pesos de su peculio, y este fué el segundo templo que México debió á su celo. Nunca fué superior de la Congregación que había fundado: más adelante, en 1689, ocupaba ese puesto su hermano D. Diego; pero el no cayó en el error común de creer que el autor de un pensamiento es el más propio para llevarle hasta su última ejecución. Dejando á otros el gobierno, sirvió los cargos, relativamente inferiores, de tesorero, de rector de la casa y hospicio, y de secretario. Muchas veces fueron desechados sus dictámenes, sin que él mostrase el menor sentimiento por ello.

Admirábanse todos de que tuviese tiempo para tantas ocupaciones. Pasaba horas enteras en oración; decía misa diariamente y oía después otras; empleaba largo tiempo en el confesonario; atendía á la imprenta, cumplía con la mayor exactitud las obligaciones de sus empleos, pertenecía á todas las congregaciones de México, que no eran pocas, y no faltaba á ningún ejercicio religio-

so de ellas; fundó otras, y les dió reglas, en su casa imprimía y luego distribuía gratuitamente cuantos papeles devotos llegaban á sus manos. Con todo eso, nadie le vió nunca atareado, y parecía que el tiempo se le alargaba á medida del deseo. Repartía copiosas limosnas con el mayor secreto, y difícilmente pudieron averiguarse algunas. Sus costumbres eran intachables: jamás pudo la maledicencia poner nota, ni infundada, en su conducta; y no era que le faltasen cualidades para haber gozado de los placeres mundanos, porque era (como dice un contemporáneo suyo) "muy galán, de muy linda cara y muy rico."

Su carrera en este mundo no fué larga. Acometido de un fuerte tabardillo, falleció, antes que la madre viuda, el 12 de Julio de 1668, poco después de haber cumplido treinta y ocho años, «dejando (dice un cronista) lastimada toda la ciudad, como se reconoció en su entierro, pues desde las ventanas le lloraban como si fuera dueño de cada casa, y los clérigos no podían cantar de llanto: de la misma manera salió la religión de S. Francisco á recibir el cuerpo, siendo la cosa más rara que en México se había visto, *pero tal era la prenda que perdía.*» Fué sepultado en la capilla de la Tercera Orden de S. Francisco.

El Br. Calderón acertó á juntar en alto grado la vida activa y la contemplativa. Para su familia fué un padre; para los enfermos un amparo, para los pobres una Providencia, para los sacerdotes un modelo. Privado desde su niñez del respeto del padre, creció sin más autoridad sobre sí que la de una pobre viuda cargada de obligaciones; por su propia bondad vivió sin tacha, supo guiarse á buen puerto, y enseñó el camino á los demás.

El enérgico niño, el ejemplar sacerdote, parecía infundir robusta vitalidad á sus obras, y no brillaron con efímera existencia. En pié, y abierta al culto católico, á pesar del tiempo y de las revoluciones, permanece la hermosa iglesia del hospital de Jesús. La congregación del Oratorio, á que tantos sacerdotes sabios é ilustres han pertenecido, trasladada después á la iglesia de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, aún mantiene allí el culto con notable esplendor. El establecimiento tipográfico de la calle de S. Agustín continuó próspero, con el nombre, de «Viuda de Bernardo Calderón», que conservó hasta el fallecimiento de la señora ocurrido en 1684. Tomó entonces el de «Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón», y el título de «Imprenta del Superior Gobierno», hasta 1701. Luego aparece como

dueño de él Francisco de Ribera Calderón, nieto probablemente de Bernardo, después su viuda, y cesa en 1731.

La familia era de tipógrafos. Juan de Ribera, el que casó con Doña María, tuvo de 1679 á 1684, en el Empedradillo, una Imprenta que de 1652 á 1655 había sido de Hipólito de Ribera, su padre ó hermano. Sucedióle su viuda Doña María de Benabides, la hija de Bernardo, que tomó el apellido materno, como solía usarse entonces, y conservó la casa de 1685 á 1700. Su hijo Miguel de Ribera Calderón la tuvo de 1701 á 1708: la viuda, de éste hasta 1716, en que falleció, y los herederos de ella hasta 1732. Pasó entonces á Doña María de Ribera, hija de Miguel, que la sostuvo veinte años, 1733 á 1753, con el nombre de «Imprenta del Superior Gobierno y del Nuevo Rezado» y la surtió con tipos nuevos *Plantinianos*, traídos de Amberes, como lo habían hecho antes los herederos de la Viuda de Bernardo, que en 1689 llamban á su casa «Imprenta de Antuerpia». Permaneció todavía catorce años en poder de los herederos de Doña María, y en 1767 desaparece de la tipografía mexicana la familia de Bernardo Calderón. La primera impresión de éste que he visto, data de 1635.

En el largo espacio de ciento treinta y dos años salieron de aquellas prensas innu-

merables libros de todas clases. Ocupan el primer lugar los *Sermones*, que en los siglos XVII y XVIII formaban una parte tan principal de nuestra literatura, abundan también las relaciones de fiestas y exequias, no menos importantes, pues daban ocasión al ejercicio de los mejores ingenios, siguen los escritos de carácter eclesiástico, entre los cuales pueden contarse los *Artes* ó Gramáticas de lenguas indígenas, y los *Manuales* de *Sacramentos* en las mismas, pues se destinaban á la doctrina de los indios, y no faltan *Vidas* de varones apostólicos y *Crónicas* de Órdenes Religiosas, que tanto ilustran nuestra Historia. No es pequeño tampoco el servicio que le prestan las hojas volantes ó *Periódicos* de que antes hablamos, y no sólo á la nuestra, sino también á la de España y Filipinas, así por las noticias de allá que contienen, como por las reimpressiones integras de relaciones, documentos oficiales y otros papeles sueltos que llegaban en los navíos, y cuyos originales pueden haber desaparecido en los lugares de su origen. En tres de esas hojas se encuentra, por cierto, el complemento de la historia de la famosa *Monja Alférez*.

Las ediciones mexicanas de la segunda mitad del siglo XVII y principios del XVIII son generalmente superiores en tipografía,

y sobre todo en papel, á las españolas de la misma época. Entre las más notables de la familia Calderón nos contentaremos con citar la *Crónica de la Orden de S. Francisco, Provincia de S. Pedro y S. Pablo de Mechoacán, en la Nueva España*, por Fr. Alonso de la Rea, y la *Historia de la provincia de S. Nicolás de Tolentino de Michoacán del Orden de S. Agustín*, por Fr. Diego Basalencque, impresas por la viuda de Bernardo en 1643 y 1673, respectivamente. Los herederos publicaron en 1686 la *Historia de Ntra. Sra. de Aranzazu*, escrita por Fr. Juan de Luzuriaga con el título de *Paranymphe Celeste, Historia de la Mystica Zarza, Milagrosa Imagen y prodigioso Santuario de Aranzazu*. Es un regular tomo en 4º mayor, de excelente papel marquilla, gruesos caracteres y páginas fileteadas. El libro mereció ser reimpresso, con inferior apariencia, en S. Sebastián, el año de 1690. De las prensas de Juan de Ribera salió en 1682 la *Crónica de la Santa Provincia de S. Diego de México de Religiosos Descalzos de N. S. P. S. Francisco en la Nueva España*, por Fr. Baltasar de Medina: tomo en folio, limpiamente impreso, con dos láminas grabadas en México. Da^a María de Benabides dió en 1699, en 4º., la *Vida de Santiago el Mayor* por el Lic. D José de Lezamis, libro muy raro, que

ha llegado á alcanzar alto precio, por su *Tratado de las Antigüedades y excelencias de Vizcaya*, en que hay pasajes de prosa y verso en lengua vascongada. Otros muchos pudieran citarse, si nó pareciera bastante lo dicho para reconocer los servicios que prestó á las letras nuestro Br. D. Antonio, ya por sí mismo, ya después de su muerte, por medio de la familia de tipógrafos á que dió en tristes circunstancias el vigoroso impulso que le duró más de un siglo.

